

no conoce más que una medida para evaluar la verdad y el bien, aquélla que consiste en calcular cuánto pueden ganar en ello la cocina, el establo y la bolsa. No son cristianos y gente piadosa lo que necesitamos; tal es su programa. Lo que necesitamos son buenos burgueses, jefes de familia y agricultores útiles, hombres honrados, maridos que no sucumban á los ataques de otros. ¿Para qué sirven la religión y la fe, si uno se porta mal? En otros tiempos se procedía como si fuese completamente natural que uno obrase con tanta mayor perversidad en su vida, cuanto mayor era su firmeza en la fe, y que fuese ya un santo por el solo hecho de rehusar servir á Dios. De aquí el dogma fundamental del Racionalismo de que la fe importa poco, con tal de que uno sea hombre excelente.

Pregúntase uno cómo es posible que una idea tan baja, tan rastrera, pueda abrirse paso, y cómo puede cautivar á veces á los mejores hombres. Mas si reflexionamos en lo que ha precedido á esta tendencia, no es tan difícil de comprenderlo como se cree. Cuanto más repugnancia sentían los espíritus nobles por esa concepción falsa de la fe, que caracteriza á los primeros tiempos de la Reforma, más accesibles se mostraban á ese nuevo Evangelio de una honestidad puramente civil, que uno podía realizar con independencia de la fe.

En definitiva, cuanto más de cerca se examinan las cosas, más claro es que el Racionalismo se convirtió en luterano combatiendo al Luteranismo. En éste como en aquél, la vida terrena, el cumplimiento del deber y la práctica de la justicia están en oposición completa con la vida cristiana y el culto sobrenatural de Dios. Que ambos campos estén, no sólo separados, sino que sean inconciliables, Lutero y el Racionalismo están completamente de acuerdo sobre este punto. Sólo que Lutero procede según la suposición de una virtud burguesa, de una justicia natural y del uso de la razón, mientras que el Racionalismo, sin duda con mucho más derecho, prefiere rechazar toda esa pompa de una jus-

ticia celeste que nos es extraña, que nos viene únicamente de fuera, que constantemente nos será extraña, y que se limita á las virtudes puramente civiles, sin tener en cuenta nada más elevado. Si no existiese más que este parentesco entre el Protestantismo simbólico y el Racionalismo, nadie podría explicarse cómo una concepción tan seca, tan poco satisfactoria de la religión, tal como lo es la de este último, ha podido sostenerse tanto tiempo y conquistar tantos espíritus. En otros tiempos, en la antigüedad<sup>(1)</sup> y en la Edad Media,<sup>(2)</sup> encontrábase aislado este error, pues que en aquellas épocas no podía contar con una acogida general ni con una expansión duradera. Ahora, que se propaga en vastas proporciones, no tiene otro contrapeso que la fe, única que puede impedirle invadir los corazones.

**4. Disolución de la idea de religión hasta convertirla en ausencia completa de religión.**—Aquí tenemos la prueba más clara de lo que ocurre cuando el hombre toca á las obras de Dios. Cuando el químico las ataca, la más hermosa flor se convierte en ácido corrosivo, y el diamante en humo, y el carbonero cambia la encina de mil años en un montoncito de carbón y de ceniza. Sin embargo, el carbonero tiene tanta penetración, que no cree que la encina sea nada más que carbón y ceniza. Pero un químico como Berthelot dirá que, para hacer una col, no se necesita otra cosa que substancias químicas y un crisol.<sup>(3)</sup> Ahora bien, cuando se trata de religión, se considera la preocupación destructora como la mayor sabiduría. El que crea con el Apóstol que sólo se encuentra la verdadera religión en donde uniformemente aparecen la altura, la longitud, la anchura y la profundidad;<sup>(4)</sup> en otros términos, el que crea que para la comprensión de la religión se necesita la actividad del hombre completo, interior y exterior, el pensamiento, la volición y la acción, lo

(1) Augustin., *In Joan. tract.*, 45.

(2) Peraldus, *Summa de virtut. et vitiiis; tr. de fide*, c. 23 (Venet., 1571, I, 169 y sig.

(3) Weiss, *Lebensweisheit* (5), 428 y sig.

(4) Efes., III, 18.

humano y lo divino, es despreciado, porque se le considera como ignorante. Pero la preocupación que considera la Iglesia, la religiosidad y la cultura como cosas incompatibles, y busca la religiosidad en cierta idealística nebulosidad, y la religión sólo en ideas confusas ó en cierto dulce sentimentalismo; el que, más que químico, racionalista, se limita á un supuesto Cristianismo sin dogmas y á una cultura ética, éstas y otras medianías son consideradas como la más pura sabiduría.

Preciso es exponer todas estas caricaturas de religión, todos estos ataques, y con frecuencia también, todas estas deslealtades, por medio de las cuales se procura desde hace mucho tiempo hacer pasar tantas elucubraciones extrañas del sentido común como verdadera religión, para comprender exactamente de dónde provienen el desprecio que se tiene á ésta y la irreligiosidad, con frecuencia expuesta con verdadero orgullo, que infesta la tierra desde hace un siglo. Ciertamente, no tomamos la defensa de los que se mofan de la religión; no aprobamos la audaz galopinada de un Voltaire, quien conserva la fe en lo que tiene de santo, únicamente con el propósito de poder cubrirla de lodo; no excusamos la frialdad aristocrática de un Strauss, el cual deja ver demasiado claramente que toda verdad y todo derecho le son indiferentes, excepto en el caso de que puedan sacarse algunos cuartos para satisfacer la vanidad de autor; sentimos que el alma se nos cae á los pies al ver una gozmoñería como la de Leroux, el cual alaba desde luego con aire protector la fraternidad y la poesía que hay en los discursos de Jesús, para hacer resaltar en seguida que el veneno de Voltaire, el escepticismo de Bayle, la libertad y la igualdad de la gran Revolución, fluyen de las mismas fuentes de entusiasmo religioso. <sup>(1)</sup> No, nada de semejantes intenciones es excusable, por lo que sería hacer traición á la verdad tratar de contener la indignación que provocan.

Sin embargo, todos los enemigos de la religión no son

(1) Ad. Franck., *Philosophes modernes*, París, 1877, 346 y sig.

tan malvados, ni todos la combaten de un modo tan consciente é intencionado. Cuando leemos los escritos de gran número de apóstoles de la incredulidad, sentimos profunda emoción, al ver con qué sobreexcitación febril violentan la voz de su razón y de su conciencia, para persuadirse de que sienten contra la religión un odio que en realidad no los anima. El sabio Buckle nos causa verdadera compasión, pues, tras esfuerzos verdaderamente sobrehumanos, se ha hecho incapaz de formular un juicio sobre la verdad, y desapareció de la escena del mundo, porque jamás tuvo ante los ojos otras formas de religión que las caricaturas del Puritanismo y del Quakerismo. Pero debemos decir de muchos de estos mártires de la incredulidad que son mejores, y, en todo caso, más sinceros que muchos de esos predicadores llenos de unción de una religión que es precisamente lo contrario de lo que dicen, de esos cristianos de nombre, los cuales, como los hombres de la fábula, tienen frío y calor en la boca al mismo tiempo, y disimulan mal una sonrisa burlona sobre los que creen ver algo serio tras sus discursos piadosos. No usurpamos el derecho de juzgar á los demás; esto sólo á Dios pertenece, pero con razón podemos decir que ciertamente no habría tanto odio contra la religión aquí bajo, si semejantes deformaciones de lo que es santo no hiciesen, por decirlo así, necesario este odio.

Sin embargo, aunque estas consideraciones templen mucho el rigor de nuestro juicio, no podemos dejar de decir que, tras la victoria de la incredulidad inglesa y francesa, hase visto aparecer una indiferencia tal por la religión, que sería capaz de cubrirnos de oprobio á los ojos de los paganos. Resplandece aquí, como en todas partes, la verdad de este principio: El cristiano que es infiel á su religión cae más bajo de lo que cayó el hombre antes del Cristianismo. Difícil es que una naturaleza sana no experimente cierto malestar al considerar la mayor parte de las religiones orientales. Casi todas nadan en fantasías tan sombrías y tan repugnantes, que nos sentimos enfermos examinándolas.

Con todo, los sacrificios que en ellas se realizaban y que llegaban hasta el aniquilamiento personal, hasta la ofrenda de los propios hijos, provocan en nosotros una especie de escalofrío no exento de respeto.

Los romanos practicaban su religión casi exclusivamente por temor y por egoísmo, y la pompa exterior que desplegaban, de tal modo era mecánica, que en vano buscaríamos otra que se le asemejase. (1) Pero á pesar de esto y á pesar de que su religión se convirtió en una institución muy desarrollada de derecho, la cual debía ser mucho más enojosa que toda la legislación judía, (2) los penosos escrúpulos de conciencia con que la observaban, no dejan de inspirarnos cierto respeto. Los mismos griegos, aquel pueblo que fué el más frívolo é indiferente que se vió jamás, admitía, por lo menos en sus mejores representantes, que no pertenece al libre arbitrio del hombre tributar un culto á Dios, sino que es para él una obligación á la cual no puede sustraerse. (3) Pero, ¿cuántos de entre los que dan hoy el tono y de los que inculcan á la juventud principios para regirse en la vida osarían bajo este concepto medirse con los paganos? ¿No deberíamos avergonzarnos, si todavía fuésemos capaces de ello, al reflexionar en la gravedad religiosa de los antiguos, cuando formamos á nuestra juventud según las concepciones vacías y sin consistencia de esa confusa religiosidad estética tan elogiada por casi toda nuestra literatura contemporánea? Si no queremos mofarnos de las palabras más santas, no debemos hablar de religión, mientras miremos con cierta especie de veneración la religión de un Goethe, el cual, en su entusiasmo por el arte antiguo, hizo de Vitrubio su breviario, (4) y que despreciaba la filosofía, porque la reemplaza la religión, y que tampoco tenía necesidad de religión, porque la ofrece la poesía. (5)

(1) Polibo, VI, 56, 3. Cícero, *Invent.*, 2, § 3.

(2) Tertull., *De præscript.*, 40.

(3) Aristot., *Eth.*, 8, 14 (16), 4.

(4) Goethe, *Italien. Reise* (Venedig, 12 October. G. W. 1829, XXVII, 153).

(5) Goethe, *Aus meinem Leben*, 6 Buch. (G. W. 1830, XXV, 10 y sig.).

Podríamos pensar que la expresión «embriaguez de la belleza» fuese suficientemente noble para expresar una disposición tan confusa; mas he aquí que nos apercibimos de que es la religión, y una especie de religión completamente distinguida por su elevación. Evidentemente, aquí las palabras han perdido su significación.

La inteligencia humana ordinaria cree que es impulsar la investigación personal hasta los últimos límites de lo posible, hasta la deificación del yo, si no hasta la adoración personal, cuando dice con Lavater: La religión es la opinión subjetiva del mundo con relación á mí—no con relación á algo más elevado;—la religión es un sentimiento humano interior que se crea dioses; es la verdadera magia de la naturaleza humana. (1) Rohte nos afirma que es completamente exacto, porque la devoción consiste en conocer á Dios, con el propio sentimiento, de una manera exclusivamente subjetiva é individual. De aquí que ella no se exprese más que en los símbolos. (2)

De nuevo nos parece que es pura idolatría y estúpido aturdimiento el que uno rinda homenaje por manera tan excesiva á un espíritu superior y que se oculte tan desdichadamente ante todo lo que tiene poder. Pero al punto aparece Schleiermacher lleno de unción misteriosa y solemne. Después de haber sacrificado un rizo de sus cabellos á los manes de Spinoza, este santo desamparado, este maestro lleno del espíritu santo, como él dice, nos enseña que la religión no es más que «el Idealismo en lo que tiene de más completo», la humildad de cierto sentimiento (3) piadoso y vago de la unión con lo infinito, con el *universum*, el sublime espíritu del mundo, (4) del cual no se sabe más que hay en él cosas que están por encima de nosotros y de cuya influencia no puede uno sustraerse por completo.

(1) Jul. Schmidt, *Gesch. d. deutsch. Lit. in XIX Jahrh.*, (3) I, 204.

(2) Rohte, *Ethik*, (2) II, 174.

(3) Parte 1.<sup>a</sup>, *Conf.*, VII, 4.

(4) Schleiermacher, *Reden über d. Relig. an d. Gebildeten unter ihren Verächtern*, 2 Rede (S. W. I, I, 190 y sig.); 5 Rede (I, I, 397).

¡Y hoy se alaba á Schleiermacher como un ilustre explorador que ha descubierto esa religión por tanto tiempo ignorada! <sup>(1)</sup>

Perdonaremos á Hegel, que ciertamente no es un santurrón, el haber experimentado un sentimiento de cólera al tomar un brevaje tan soso y haber dicho con su crudeza suaba: «Si esto es religión, esos animales, á los cuales confiamos la guarda de nuestra casa, deben también tener religión, y más religión que muchos hombres».

Estas expresiones no son muy delicadas, pero honran al filósofo, porque muestran que el panteísmo de hielo tenía todavía más gravedad religiosa que Schleiermacher, y que desde él y por él se hizo de moda. Pero ahora ocurre que se burlan de la opinión de Hegel de que los animales no tengan religión, calificándola de infantil y anticuada, y encuentran al filósofo demasiado dogmático, casi escolástico. <sup>(2)</sup>

¿Por qué—se dice—no habrían de tener religión los animales? <sup>(3)</sup> ¿Acaso es cosa tan elevada la religión, que sea demasiado grande y elevada para los animales?—La religión—dice Sprenger—¿es algo más que un cierto instinto relativo á los objetos que están fuera de nosotros? <sup>(4)</sup> Y este instinto ¿no se encuentra en los animales? ¿Quién sabe—añade Pasquier—si por fin de cuentas los hombres no han aprendido la religión de los animales? <sup>(5)</sup> Ya los antiguos, el indo Hitopadeça, <sup>(6)</sup> Eliano <sup>(7)</sup> y Plinio, <sup>(8)</sup> nos refieren, con aire de creer en ello, ciertos ejemplos conmovedores de piedad en los animales. Entre éstos, los elefantes son los que tienen reputación especial de piedad, del mismo modo que, en aquellos tiempos, se atribuía también la justicia á las abejas y á las hormigas, el amor paternal á la cigüeña y

(1) Schwarz, *Gesch. d. neuesten Theolog.*, (3) 31 y sig.

(2) *Ibid.*, 18 y sig.

(3) *Revue des Revues*, VI, 325 y sig.

(4) Sprenger, *Leben und Lehre des Muhammed*, I, 223 y sig.

(5) *Lettres d'Estienne Pasquier*, l. 10, ep. 1, s. 393.<sup>a</sup> Cf. Montaigne, *Essais*, 2, 12 (Hachette, 1872, I, 290).

(6) Lassen, *Ind. Alterthum*, (1) III, 333, 683 y sig.; IV, *Anh.*, 34 y sig.

(7) *Ælian.*, *Nat. an.*, 5, 49; 7, 44.

(8) Plinius, *Hist. nat.*, 8, 1, 1, 2.

á los caballos, la castidad á las palomas y el honor de la dialéctica á los perros. <sup>(1)</sup> En épocas posteriores, atribuyóse al gallo notable disposición para la religión. <sup>(2)</sup> Hoy, son las abejas y los perros los que han conquistado la reputación de ser los seres más religiosos. Casi parece que esta doctrina de la religión de los animales se ha convertido para nuestros sabios en asunto tanto más caro, cuanto que menos pueden asimilarse el plato indigesto que han preparado con el nombre de religión; y deploramos amargamente que el poeta favorito de los alemanes respondiese entérminos burlescos para toda religión, cuando sus escépticos discípulos le preguntaban si uno debe declararse partidario de una religión. Pero debemos repetir una vez más que, si no conoció otras ideas sobre la religión que las que oía expresar en torno suyo, nos es imposible conceder importancia especial á la blasfemia contenida en estos versos: «¿Qué religión profeso? Ninguna de las que me citas. ¿Y por qué ninguna? Por religión». <sup>(3)</sup>

**5. El ejercicio de la verdadera religión como virtud de justicia para con Dios.**—Pero las cosas no pueden ni deben quedar así. El hombre no puede vivir sin religión. Puede rechazar la verdadera religión, pero siempre se crea una para reemplazarla; y aunque ésta lleve sobre sí el sello de la invención humana, tan visible como Caín ostentaba el signo de la maldición, y aunque exija sacrificios que Dios jamás ha exigido ni exigirá, encuentra fieles. Puede uno blasfemar con la lengua de una religión, y aun negarla, pero no puede arrancarla de su corazón. Nadie mejor que los mismos incrédulos ofrecen pruebas más palpables de que no es posible borrarla de la inteligencia y del corazón. ¿Por qué no nos dejan tranquilos, si es verdad que nada saben de religión y que no tienen necesidad de ella?

Si abandonamos por algunos días nuestros trabajos para rehacer un poco nuestras fuerzas agotadas, son ellos los

(1) Porphy., *Abstin.*, 3, 5, 6, 11, 22.

(2) *Lettres d'Estienne Pasquier*, l. 10, ep. 1, s. 386 b.

(3) Schiller, *Mein Glaube* (G. W. Stuttgart, 1835, I, 462).

que, con sus preguntas, sus dudas, y también con sus insípidas agudezas, nos hacen imposible el descanso desde el momento en que ponemos el pie en el vagón. Jamás se nos ocurriría á nosotros la idea de encauzar la conversación sobre estas materias ó de inquietar su conciencia; evitamos deliberadamente las discusiones de esta especie, porque no queremos importunar á nadie, y porque sabemos que hay muy poco que hacer en este terreno; pero son ellos los provocadores, porque sin duda á ello les obliga su conciencia. No hay persona que no preste atención, que no se sienta inquieta, desde que, en medio del tumulto del placer, ú olvidada de sí misma, se suscita esta cuestión: ¿Qué es religión?

Nadie puede negar, pues, que existe una religión. Luego también debe existir una virtud de religión. Sólo que todo lo que se llama religión, no es religión ni mucho menos, ni todo lo que se llama virtud de religión, es práctica exacta de la verdadera religión. Tener religión, no consiste en jurar sobre algunas verdades de fe incomprensibles, como se le atribuye, y á menudo falsamente, á las fórmulas literarias y filosóficas, por medio de las cuales la cultura profana cree haber resuelto todo el problema religioso. Aprobamos al mundo, cuando dice á muchos cristianos, demasiado apegados á lo puramente exterior, que la virtud de religión no consiste en engancharse mecánicamente á ciertas prácticas á las cuales se han habituado desde su infancia; pero que tampoco se crea que esta virtud consiste en ese ligero barniz de hombre de honor que encontramos aun en el desordenado, ya bien entrado el día, ó en exclamaciones sentimentales sobre la sublimidad de la naturaleza en el Rigikulm, en arrebatos extáticos sobre el *Miserere* de Palestrina, ejecutado en una catedral bien caldeada, en las lágrimas furtivas que se vierten cada diez años por los sufrimientos de Nuestro Señor en la representación del drama de Oberammergau. No; la religión no es una convicción muerta de la inteligencia, una simple buena voluntad, un enternecimiento femenino.

La religión es incompatible con todo lo que se llama medianía. Que nadie se lisonjee pensando que puede poseer una religión y practicarla, sin entregarse sin reservas á las verdades y á las obligaciones que nos enseña, sin someterse por completo á ella y sin consagrarse á su servicio con todas sus fuerzas. Muchos se creen religiosos, y no saben cuán huérfanos están de todo lo que huele á religión, porque la religión es una virtud y una de las virtudes más importantes y más elevadas. <sup>(1)</sup>

Ahora bien; una virtud no consiste en la fría ciencia, ni en vagos sentimientos, ni en votos piadosos, ni en vanas fantasías, ni en las obras que uno se impone por su propia autoridad. La virtud es una actividad excelente que proviene á la vez de la inteligencia y de la libertad libre; no es un acto transitorio, de un instante de duración, un acto que se repite á veces por gusto, sino que es un acto que tiene su fuente en el sentimiento del deber, un acto realizado constantemente de la misma manera por sumisión consciente á un orden más elevado. La virtud de religión es, pues, en primer lugar, algo á cuya realización deben concurrir todas las potencias del hombre, y, en segundo lugar, el ejercicio constante de todos los deberes de la criatura para con su Creador, del servidor para con su amo. <sup>(2)</sup> No queremos decir con esto que sólo tenga religión quien cumpla todas sus obligaciones referentes á Dios; porque entonces, ¿quién podría decir que tiene religión? Decimos únicamente que el hombre, mientras vive en la tierra, debe procurar transformar en actos el culto que debe á Dios y aprovechar para ello todas las ocasiones. Y decimos, en tercer lugar, que con esto no satisface un capricho de su sabiduría personal, sino que cumple un deber sagrado de justicia con relación á Dios. Sólo cuando ha realizado todo esto, puede decir: He hecho lo que debía. <sup>(3)</sup>

#### 6. Para practicar la virtud de religión se necesita

(1) Thomas, 2, 2, q. 81, a. 2, 5, 6.

(2) Thomas, 2, 2, q. 81, a. 1, 3.

(3) Luc., XVII, 10. Lactant., *Inst.*, 6, 9.